

ángeles empezaron a ejecutar un concierto místico (*samā'*). El alma de Adán cayó enamorada de esta música, siguió a los ángeles y fue aprisionada en el cuerpo. Este mito implica que la música tiene el poder de hacer que el alma deje el cuerpo, por el estado extático que la música produce¹²⁴.

Esta concepción sobre la música del otro mundo, constituida por la Forma imaginal del sonido, tiene también profundas implicaciones a nivel terapéutico. Por ejemplo, es bien conocida la posibilidad de que durante determinados sueños se puedan escuchar músicas que curan una enfermedad. Recuérdese aquí que, según el esquema sufí, durante los sueños el alma se transfiere al mundo *imaginal*, aunque no de forma completa. La musicoterapeuta Juliette Alvin dice lo siguiente al respecto: “La música para curar le fue revelada al hombre muchas veces en sueños, y la música ha sido una parte de las curas oníricas de las enfermedades”¹²⁵. Y la psicóloga y musicóloga berlinesa Hildemarie Streich, después de reunir cientos de sueños musicales de personas de todo tipo, concluyó que el inconsciente puede activar la música durante los sueños como parte de los procesos de cura e individuación¹²⁶.

EL PAPEL MEDIADOR DE LA MÚSICA

En el apartado sobre los planos ontológicos del ser se citó una metáfora musical según la cual cada mundo consiste en una “octava” más elevada, donde todo lo de los mundos inferiores se vuelve a encontrar, pero a una altura distinta, es decir, en un modo de ser superior. Así, esta sucesión de octavas es lo que permitía la puesta en práctica del *ta'wil* o hermenéutica espiritual. Esta oportuna metáfora pone de relieve el carácter altamente simbólico de la música.

La premisa central es que la música humana y los instrumentos musicales actúan de intermediarios entre el mundo humano y el mundo celestial. Así, un orden de cosas más elevado se transmite a través del sonido. Y esta función la puede desempeñar precisamente la música porque, como se ha comentado, es de naturaleza divina y de origen

celeste o paradisiaco. Según esto, nuestra música, la música terrestre, no es sino el reflejo imperfecto de la celeste, pero su audición evoca en las almas el recuerdo de su origen primero y despierta el amor por ese elevado lugar. La música elevada puede despertar así reacciones de un orden espiritual que ya existían pero esperaban ser suscitadas. Entre los filósofos, al-Kindī y los Ijwān al-Ṣafā' sostienen este punto de vista, pero mientras el primero enfatiza el aspecto terapéutico de la música, los segundos ponen el acento en el uso espiritual como fin último de la música.

De hecho, para los Ijwān al-Ṣafā' todas las ciencias, incluyendo las matemáticas y la música, tienen su fin en servir a un último objetivo religioso: glorificar a Dios y ayudar a los humanos a acercarse a Él¹²⁷. Más arriba hemos visto que los Ijwān al-Ṣafā' hablan de la música como significado en el sonido, guardando la misma relación que existe entre el alma y el cuerpo. Se asume también que nuestra música imita la música celeste. De esta forma el significado de nuestra música terrestre comunica el gusto por su correspondiente celeste. Este sabor mediador de la música celeste inflama en el alma humana el deseo de ascender a la alta esfera. Se convierte en la puerta al mundo del espíritu. También para ellos, pues, el destino de los humanos reside en el alto mundo de realidad espiritual: “La esencia de tu alma es de la esfera celestial, y hacia los cielos es su retorno después de la muerte, justo como tu cuerpo es de la tierra, y hacia la tierra retornará después de la muerte¹²⁸. La música puede entretener y servir a distintas funciones sociales, pero tiene al fin una alta llamada: funcionar como una escalera que vincula lo humano con el mundo celestial, es decir, ayudar al reino humano a ascender al mundo del espíritu. Pero esta ascensión no es posible sin desarrollar los elevados rasgos de carácter, y a este fin también sirve la música según los Ijwān al-Ṣafā'. Así, se dice que las leyes de la música fueron hechas descender por los antiguos Sabios, porque ellos querían aumentar los valores morales-religiosos de humildad y pureza de corazón. Esto es naturalmente parte del reconocimiento del poder de la música para afectar al alma de diferentes maneras. Para asegurar el adecuado logro de esas cualidades moral-religiosas, esos Sabios —y aquí hay una referencia específica a

Pitágoras— que habían escuchado la música celestial, derivaron las leyes para la música humana de esa audición celestial¹²⁹.

La misma concepción ha sido sostenida por los sufíes que han usado tradicionalmente la música con fines espirituales. Gazālī, dice que el corazón del hombre contiene un fuego escondido que es evocado por la música y la armonía, y transporta al hombre más allá de sí mismo en éxtasis. Estas armonías son el eco de aquel alto mundo de belleza que nombramos el mundo de los espíritus; ellas le recuerdan al hombre su relación con aquel mundo y le producen una emoción tan profunda y extraña que le es difícil explicarla. El efecto de la música y la danza es más profundo en proporción a las naturalezas en las que actúan. Ellos inflaman cualquier amor que pueda estar dormido en el corazón, ya sea terrenal y sensual, o divino y espiritual¹³⁰. Según Dering, esto explica por qué la música persa ha sido calificada de triste, pues al evocar el otro mundo hace consciente al oyente de su extrañamiento¹³¹. Sin embargo, experimentar esta nostalgia es en sí mismo catártico, pues si mediante la música no se expresara quedaría dentro del alma. Sentir el dolor de la separación es así el primer paso en el camino de la unión.

Anteriormente veíamos también que los maestros del sufismo oponen la forma aparente (*ẓābir*) de las cosas a su cara escondida o dimensión interior (*bāṭin*). El mundo de *bāṭin* que ellos perciben constituye una dimensión paralela a la cual los no iniciados no tienen acceso más que en momentos raros y fugitivos. Según Dering, los maestros sufíes que se consagraron a la audición mística saborearon, en sus experiencias extáticas, el conocimiento de este mundo escondido (*al-ḡayb*). Sobre las alas de la música realizaron dentro del mundo invisible verdaderos viajes en los cuales les fueron mostrados la totalidad de las estaciones místicas, experiencia que es comparable a la ascensión misma del Profeta (*mi'rāṭ*). Entre los maestros que abordaron el *samā'* de esta forma, destacan el *Šayj al-Iṣrāq* Suhrawardī, Mawlānā Rūmī, Abū Sa'īd y Ruzbihān Baqlī. Todos ellos entendieron la música como una vía de acceso a este universo, una manera rápida de pasar de un plano de realidad al otro¹³².

Vemos por tanto que la audición externa no es más que un medio para despertar la audición interna. El *samā'* favorece así el acceso al mundo imaginal (*'ālam al-miṭāl*), que como se expuso es el plano intermedio y sutil entre la realidad sensible y la inteligible, eso es, el plano mediador donde la realidad sensible se transmuta en su significado oculto y espiritual. Es la escucha por el corazón del discurso del mundo invisible. Los sonidos concretos llevan así un mensaje escondido, y el místico puede llegar a percibir en cada melodía la voz del Amado.

LA RECITACIÓN TERAPÉUTICA DEL CORÁN Y DE LOS NOMBRES DIVINOS

El Corán (*al-qur'ān*), cuya raíz QR' significa 'recitación' de un texto, fue transmitido oralmente antes de ser escrito, y esto pone ya de relieve la preeminencia que según los pensadores musulmanes tiene la facultad de la audición por encima de todas las otras facultades, incluida la visión. Pero el hecho clave relacionado con la música que aquí nos concierne es que sólo la forma recitada, y por lo tanto sonora del Corán, es capaz de activar los significados en el oyente a un nivel más profundo que el simplemente intelectual. Es por ello que la recitación del texto acompaña casi siempre a su lectura. El mismo Corán señala en varias aleyas que se trata de una Recitación y que ésta implica un recuerdo: "No le hemos enseñado poesía ni es propio de él; no es sino un Recuerdo y una Recitación clara"¹³³; "¡Por el Corán que contiene el Recuerdo!"¹³⁴. Así, esta enunciación sonora hace renacer en el hombre algo que había olvidado, y a su vez tiene propiedades terapéuticas según también varias aleyas: "Y con el Corán hacemos descender una cura y una misericordia para los creyentes"¹³⁵; "(el Corán) es dirección y curación para quienes creen"¹³⁶.

Esta recitación, asociada a una cierta cadencia musical de la voz, actúa pues de intermediaria entre los planos superiores y los inferiores del ser. Que este hecho espiritual tiene también propiedades terapéuticas lo ejemplifica un episodio de los primeros años de vida de Ibn 'Arabī, que Corbin relata con precisión: "Se manifiestan ya en esta época las aptitudes visionarias de Ibn 'Arabī. Cae gravemente enfermo y la